

Hartmut Rosa

SITUACIÓN Y

CONSTELACIÓN

CÓMO LOS PROTOCOLOS
ESTÁN CONQUISTANDO NUESTRA VIDA



Título original en alemán: *Situation und Konstellation*, de Hartmut Rosa

© 2026, Suhrkamp Verlag GmbH, Berlín

© De la traducción y del epílogo: Alexis Gros, 2026

De la corrección: Marta Beltrán Bahón

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2026

Primera edición: septiembre, 2026

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl

ISBN: 979-13-87967-19-2

Depósito legal: B 15496-2026

Impreso en Sagrafic

Impreso en España

Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Queda expresamente prohibido el uso total o parcial de esta obra para el entrenamiento, desarrollo o mejora de sistemas de inteligencia artificial, modelos de aprendizaje automático o tecnologías análogas, sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

ÍNDICE

I. Introducción. De la acción a la ejecución.....	9
II. En el consultorio médico, en el tren, en la escuela, en el telesquí y en el ciclomotor: escenarios de la transformación.....	21
III. Ahora de manera sistémica y sistemática: situación, constelación y capacidad de juicio	43
IV. Transparencia, eficiencia y justicia: ¿por qué es deseable la claridad constelativa?	69
V. El poder y la impotencia de la legislación: situación y constelación en la política	89
VI. Ciencia y filosofía: cuantitativo versus cualitativo, analítico versus continental	109
VII. Optimización paramétrica: el desplazamiento imperceptible del foco de atención y la estructura de la voluntad	125
VIII. El moho de la vida: ¿por qué nos quedamos sin energía?	139
IX. <i>Jeitinho</i> y <i>jugaad</i> : un alegato por la reconquista de los márgenes de maniobra.....	153
Agradecimientos.....	189
Epílogo de Alexis Gros: Hartmut Rosa como fenomenólogo crítico de la tardomodernidad.....	193
Índice onomástico y de conceptos.....	213

I

INTRODUCCIÓN. DE LA ACCIÓN A LA EJECUCIÓN

Una niña de once años irrumpe en la sucursal de una famosa cadena de comida rápida. Desde hace tiempo ha estado ahorrando su paga. Hoy, por fin, podrá comprarse una de esas maxi burgers tan populares entre sus compañeros de escuela. Hace su pedido llena de expectación y, con brillo en los ojos, recibe poco después el objeto tan largamente anhelado. Sin embargo, al desenvolver la hamburguesa —empresa complicada— esta cae al suelo y resulta aplastada por una bota. La niña queda en shock y rompe a llorar. El empleado que la atiende observa la escena y se conmueve. Quiere hacer algo, intervenir, aliviar la pena. «Aquí tienes, pequeña, ¡te doy una nueva!». La niña deja de llorar, lanza al hombre una mirada incrédula, toma tímidamente la nueva hamburguesa, sonríe irradiando felicidad y sale corriendo. En ese momento el empleado se siente vivo, como un ser que actúa. Es el punto más vivo de un día por lo demás monótono, la única acción que recordará por la noche. Sin embargo, las acciones de este tipo están prácticamente prohibidas. Ya casi no ocurren: así lo dictan las estrictas reglas: «Mismo trato para todos, sin excepción». «Protocolos contra la corrupción y el abuso». «Todo automatizado». «La niña puede escribir un correo electrónico al servicio de atención al cliente; tal vez reciba un vale de descuento». En esta realidad social, el empleado se siente tan impotente como la niña, incapaz de actuar. Se limita a ejecutar lo que su jefe, el dere-

cho o los algoritmos digitales le dictan. No dispone de ningún margen de maniobra.

Una situación completamente distinta: jornada trigésimo tercera de la Bundesliga masculina de fútbol, temporada 2022/2023. En el último partido en casa de la temporada, el Friburgo se enfrenta al Wolfsburgo. En el minuto setenta se vive un momento cargado de emoción en el Estadio Europa Park: Nils Petersen, una leyenda del Friburgo —autor de incontables goles decisivos nada más salir del banquillo, y venerado por la afición como persona y deportista—, ingresa al campo tras largo tiempo de inactividad para disputar su último partido. Cánticos en la grada. «Nadie es más grande que el club, pero tú estuviste condenadamente cerca», han escrito los aficionados en una enorme pancarta. Y ocurre el milagro: ¡Petersen marca! ¡Cinco minutos después de su ingreso! Poco antes del final del partido, incluso marca por segunda vez: un gol de ensueño, de cabeza al ángulo. El estadio entra en un frenesí de alegría. Incluso Christian Streich, el entrenador, tiene lágrimas en los ojos. Parece el final perfecto, increíble, casi milagroso de una gran carrera deportiva. El estadio roza un éxtasis colectivo. Nadie protesta. El partido está decidido y para Wolfsburgo ya no hay nada en juego; la temporada ha terminado. Entonces, llega una llamada de la central de vídeo ubicada en Colonia: el *Video Assistant Referee* (VAR) constata que, mucho antes del gol de Petersen, hubo un leve contacto entre dos jugadores en el centro del campo, el cual debe sancionarse como falta tras un minucioso análisis de las imágenes. El gol es anulado. Incluso los jugadores del Wolfsburgo están consternados. El árbitro no puede hacer otra cosa que anularlo. Fin del éxtasis. De forma súbita, los aficionados, el delantero, los otros jugadores y el árbitro se experimentan a sí mismos como impotentes. No tienen margen de juicio ni de acción. En rigor, ya no desempeñan ningún rol: solo pueden ejecutar o aceptar lo que exige el reglamento (¿o la justicia?).

Una tercera situación: en una conferencia celebrada en Aarhus en el año 2024, científicos sociales discuten los graves problemas a los que se enfrentan las personas sin hogar en las grandes ciudades danesas, incluso cuando intentan «solicitar» ayuda. En Dinamarca la digitalización está muy avanzada; muchos servicios solo están disponibles en formato digital y, por lo general, la autenticación requiere introducir números y códigos: el documento de identidad, la tarjeta bancaria, el número de seguridad social, la dirección postal o el correo electrónico. Esto es, cifras y datos que las personas que viven en la calle no suelen tener. Tras analizar material audiovisual que muestra situaciones de interacción entre las personas que buscan ayuda y los empleados de los centros de atención, los investigadores se sorprenden: no tanto porque las personas sin hogar fueran rechazadas por carecer de los datos y comprobantes necesarios, pese a tener derecho a la ayuda, sino por el comportamiento llamativamente antipático, incluso abiertamente agresivo, de los prestadores de servicios hacia aquellas personas a las que en realidad deberían asistir. A mi juicio, esto no resulta en absoluto sorprendente. Los propios empleados se sentían desvalidos en esas situaciones: no podían hacer nada. El ordenador exigía un número que no solo no podían ingresar, sino que tampoco podían conseguir. Vivían su incapacidad para prestar una ayuda justificada y requerida como extremadamente pesada y degradante, y descargaban su frustración sobre quienes buscaban ayuda. Aquí, como en los dos casos descritos anteriormente, nos enfrentamos con situaciones de interacción que dejan *a todos* los implicados frustrados e impotentes.

Estos son solo tres ejemplos elegidos de manera arbitraria de un fenómeno, o, mejor dicho, de un problema que quiero examinar en este libro. En las páginas siguientes nos encontraremos con numerosos contextos en los que se repite. El problema fundamental es el siguiente: en un número creciente de ámbitos de la vida social,

la sociedad tardomoderna transforma a actores capaces de interpretar situaciones complejas desde su experiencia y de juzgarlas según criterios morales —y estéticos— en meros *ejecutores* de protocolos, guiados por reglas y algoritmos ajenos a la interpretación situada y al juicio moral. Una tesis central del libro, por tanto, es que cada vez más pasamos de ser *actores* a *ejecutores*. Esto es válido para el revisor del tren que ya no puede vender billetes, sino que debe limitarse a cobrar multas en el tren («Puede contactar por correo electrónico al servicio de atención al cliente»); para la profesora que *no puede* poner notas para motivar a los alumnos; para la médica que interactúa con pantallas en lugar de con pacientes; y, como hemos visto, incluso para el árbitro de fútbol profesional, que ya no puede decidir según el criterio de la «misma línea», sino que debe esperar la resolución milimétrica del VAR.

«Actuar» significa disponer, en un entramado de interacciones complejo y a menudo ambiguo, de márgenes de maniobra que requieren el uso de la capacidad de juicio, la cual se basa a su vez en la experiencia. «Ejecutar», en cambio, significa aplicar reglas, cumplir directrices o implementar decisiones que se han tomado en otro lugar (cada vez más a través de procedimientos algorítmicos). Los *actores* se encuentran *en* una situación: participan en ella, la influyen, definen y transforman constantemente; los *ejecutores* se experimentan como *enfrentados a una constelación* en gran medida heterodeterminada. Se vivencian más bien como observadores o gestores de un asunto que como verdaderos sujetos con capacidad de actuar. En términos fenomenológicos, esta diferencia puede comprenderse a partir de la sutil modificación de la percepción que se produce cuando participamos en un acontecimiento (la ceremonia de graduación de un hijo o la boda de un amigo) y echamos mano a la cámara de fotos. En el momento en que se nos ocurre sacar la cámara, salimos en cierto modo de la situación y contemplamos desde fuera la constelación festiva.

En este punto debo realizar una breve observación sobre el concepto de «constelación» [*Konstellation*] que da título a este libro. No lo empleo en el sentido que le otorgaron Walter Benjamin o Theodor W. Adorno, es decir, como un movimiento dinámico del pensamiento en el que, a partir del encuentro de conceptos heterogéneos (el pensamiento en constelaciones de Adorno)¹ o de recuerdos, fragmentos históricos y vestigios de un presente vivido (el tiempo-ahora benjaminiano),² irrumpe súbitamente un nuevo contenido de sentido que no puede alcanzarse mediante la fijación definitoria de conceptos —en cuanto identificadores— ni de hechos históricos.³ Por el contrario, y en contraste con esta manera de entender el término, aunque retomando su significado original como figura estelar compuesta por puntos fijos, defino la constelación como una disposición de elementos individuales claramente identificables que se relacionan entre sí de manera estable, mensurable y a menudo binariamente codificada. En una constelación de este tipo, tanto los fines que se persiguen como los medios disponi-

1. Theodor W. Adorno, *Negative Dialektik*, Suhrkamp, Fráncfort, 1970, págs. 163-168. Véase también Emil Angehrn, «Kritik und Versöhnung: Zur Konstellation Negativer Dialektik bei Adorno», en Georg Kohler y Stefan Müller-Doohm (eds.), *Wozu Adorno? Beiträge zur Kritik und zum Fortbestand einer Schlüsseltheorie des 20. Jahrhunderts*, Velbrück Wissenschaft, Weilerswist, 2008, págs. 267-291.

2. Walter Benjamin, *Das Passagen-Werk*, Suhrkamp, Fráncfort, 1991, págs. 591-595; también, Walter Benjamin, *Über den Begriff der Geschichte*, Suhrkamp, Berlín, 2010. Véase además José Manuel Romero Cuevas, «Geschichtliche Konstellation und Kritik der Gegenwart – Zu einem Dialog zwischen Walter Benjamin und Reinhart Koselleck», en Oliver Kozlarek (ed.), *Vielfalt und Einheit der Kritischen Theorie. Kulturwissenschaftliche Perspektiven*, Springer VS, Wiesbaden, 2020, págs. 57-71.

3. Véanse al respecto las contribuciones en Martin Mulsow y Marcelo Stamm (eds.), en *Konstellationsforschung*, Suhrkamp, Berlín, 2005.

bles, así como las relaciones mutuas entre ambos, suelen estar definidos de antemano de manera exógena. En el capítulo III volveré sobre esta distinción entre situación y constelación acuñada fundamentalmente por Hermann Schmitz.⁴

La impotencia que con frecuencia experimentan quienes ejecutan constelaciones de este tipo se hace patente, por ejemplo, cada vez que nos vemos obligados a rellenar un formulario. Las situaciones vitales complejas se reducen entonces a opciones binarias («marque sí o no»). Esto desemboca en una experiencia de alienación casi perceptible a nivel físico cuando lo que queremos expresar solo resulta válido de manera parcial o matizada, sin que exista la posibilidad de indicarlo. A partir de ese momento, cada paso siguiente cae bajo la sospecha de ser, de algún modo, incorrecto, sin que podamos intervenir activamente para corregirlo. No pocas veces, esta reducción de los márgenes de acción obedece a la lógica de ejecución digital-binaria de los dispositivos que usamos; pero también se ve impulsada por exigencias normativas como la justicia, la igualdad de trato (deben aplicarse las mismas reglas a todos), la imputabilidad (deben existir responsabilidades claras), la trazabilidad, la transparencia y el control.

En este libro me propongo mostrar cuán amplia y profunda es esta transformación del carácter de nuestra acción. Es *amplia* porque afecta a casi todos los ámbitos de la vida: tanto al modo en que producimos cosas como a aquel en que las consumimos, a las formas en que interactuamos en ámbitos profesionales y privados, y a las maneras en que jugamos, hacemos música o intentamos ser creativos. Quiero mostrar, además, que la lógica de la reducción de situaciones complejas de acción a decisiones binarias o *constelativas* adquiere una importancia decisiva incluso en la política (entregar

4. Hermann Schmitz, *Situationen und Konstellationen. Wider die Ideologie totaler Vernetzung*, Karl Alber, Friburgo/Múnich, 2005.

misiles crucero o no hacerlo) y en la ciencia, o, más exactamente, en la teoría del conocimiento (a una afirmación científica debería poder asignársele un valor de verdad unívoco).

La transformación es *profunda* porque modifica de manera fundamental el modo en que estamos situados en el mundo: no solo cómo intervenimos activamente y nos experimentamos como autoeficaces en él, sino también cómo el mundo se nos presenta y nos toca. En palabras de Lambert Wiesing, mi colega de la Universidad de Jena, podríamos decir que nuestra relación con el mundo pasa de ser un vínculo primariamente «pictórico», lleno de márgenes de interpretación, percepción y acción —y, por tanto, también de *ambigüedades*—, a una relación primariamente «lineal», en la que hay opciones claramente separadas, ejecuciones de decisión prefijadas y, en consecuencia, claridad lúcida.⁵ De manera similar, Thomas Bauer ha constatado recientemente la *univocización del mundo* y una pérdida de la tolerancia a la ambigüedad y la diversidad que se asocia a este proceso.⁶

Además, quiero investigar cuáles son las *causas* de esta transformación, cuáles son las pretensiones culturales (justificadas) y los imperativos estructurales que la impulsan, y, sobre todo, qué *consecuencias* produce: en nuestro esfuerzo por conocer e interpretar el mundo, en el trato social cotidiano y la vida política, y en la posibilidad de llevar una vida lograda, es decir, de entrar en resonancia con el mundo. Quiero concluir el libro con una propuesta tentativa: recuperar márgenes de acción en todos los niveles de la vida social y *concedérmolos* unos a otros, sin por ello abandonar el proyecto de la modernidad. Como observó en alguna ocasión

5. Véase Lambert Wiesing, *Ich für mich*, Suhrkamp, Berlín, 2020, págs. 115-146 y 153-157.

6. Thomas Bauer, *Die Vereindeutigung der Welt. Über den Verlust an Mehrdeutigkeit und Vielfalt*, Reclam, Stuttgart, 2018.

Hans Blumenberg, la cultura surge al tomar rodeos; en cambio, el «supuesto “arte de vivir”» de la conexión rectilínea entre dos puntos conduce a la *barbarie*.⁷ Como intentaré mostrar, la lógica constelativa parece orientada precisamente a eliminar todos los rodeos.

En el foco de mi análisis se encuentra la siguiente observación ya insinuada: la transformación cultural progresiva del modo de actividad predominante —de la acción a la ejecución— está relacionada con la lógica de *poner el mundo a disponibilidad*.⁸ En todos los ámbitos reducimos situaciones complejas y holísticas, que por lo general carecen de una delimitación temporal, espacial o social clara, a *constelaciones* simples, mensurables, binarias y separables en partes con el objetivo de hacerlas manejables y decidibles de manera unívoca, justa y trazable. Tomemos de nuevo la *situación* del partido de fútbol antes descrita: pertenecen a ella no solo la posición de los equipos en la clasificación, el momento de la temporada en que se juega el partido, el marcador y el minuto de juego en el que tiene lugar el gol, o el fervor del estadio tanto en el campo como en las gradas; también forman parte de la situación toda la historia de

7. Hans Blumenberg, *Die Sorge geht über den Fluß*, Suhrkamp, Fráncfort, 1987, págs. 137-138. «La cultura consiste en el hallazgo y la instauración, en la descripción y la recomendación, en la valorización y la premiación de los rodeos. [...] Son los rodeos los que confieren a la cultura la función de humanización de la vida. El supuesto “arte de vivir” de los caminos más cortos es, como consecuencia de sus exclusiones, barbarie», escribe Blumenberg, y añade: «Son los rodeos los que otorgan a la intersubjetividad su significado más allá de la constitución de la objetividad teórica [...]». Naturalmente, en este sistema de indulgencia frente a la barbarie llamado cultura también existen desventajas. Consisten en que todo camino, en tanto rodeo, es el resultado de una “opinión” o de la afinidad con ella. La imposibilidad de conciliar el pluralismo de las cosmovisiones es un riesgo, pero uno suficientemente fundado».

8. Hartmut Rosa, *Lo indisponible*, Herder, Barcelona, 2021.

Nils Petersen y su trayectoria, la veneración que recibe en Friburgo, el aura que lo rodea y el significado de ese gol en esa historia. Probablemente, el árbitro en el campo habría incorporado —no necesariamente de manera reflexiva— todos esos factores en su decisión, en su formación de juicio; lo habrían influido. Y aquí identificamos también una razón importante que explica por qué nos inclinamos a la reducción constelativa: todo ello podría haber comprometido su *imparcialidad* y haberlo llevado a decidir de manera *injusta*. Para el VAR, ninguno de esos factores tiene la menor relevancia; su juicio se basa en una constatación de hechos clara y constelativa. O bien hubo contacto del jugador del Friburgo en la bota del rival, o bien no lo hubo; o bien el atacante sobrepasó la línea calibrada del fuera de juego, o bien no. Pero esto significa también que todo lo demás queda excluido de la toma de decisión y de la ejecución que resulta de ella. Cuando es el árbitro quien decide en el campo, los espectadores *forman parte de la situación* y del juego, están implicados de manera práctico-agencial en lo que ocurre. Pero no forman parte de la constelación relevante para el VAR. Cuando se toma la decisión por vídeo, quedan excluidos: no juegan ningún papel, no existen. Esto modifica de manera fundamental la experiencia del fútbol en el estadio. Los aficionados saben que su presencia y comportamiento influyen en el juego y el árbitro; sus silbidos y abucheos, sus exigencias y su júbilo están orientados a ello y apuntan a influir en el curso del juego. Los aficionados forman parte del partido, pero dejan de hacerlo cuando las decisiones se toman en el centro de vídeo de Colonia. Este es un motivo esencial, aunque poco debatido, que explica la oposición radical de muchos aficionados hacia el VAR.⁹

9. Para un tratamiento exhaustivo del tema, véase Charlotte Nell *et al.*, «Die Angst des Schiris vor dem VAR», *Sport und Gesellschaft*, 21, 2024, págs. 211-237, <https://doi.org/10.1515/sug-2024-2008> (último acceso: 03/06/2026).

Ahora bien, la reducción discursiva y práctico-agencial de situaciones (complejas) a constelaciones (mensurables y divisibles en partes) tiene consecuencias que van mucho más allá de la ejecución inmediata de acciones. Esto se advierte, por ejemplo, cuando un político debe dimitir porque usó una expresión malsonante, con independencia de la situación y de la intención con la que lo hizo. O cuando la cuestión del trato adecuado hacia los refugiados se reduce a la alternativa binaria de deportar o no deportar, el debate sobre la crisis climática a instalar o no aire acondicionado, y el problema de la reacción correcta ante una gran guerra a entregar misiles crucero o no hacerlo.

Pero esta transformación tiene también consecuencias en el ámbito de la ciencia y la teoría del conocimiento. ¿Qué puede o debe valer como conocimiento científico? ¿Solo un conjunto de datos constelativo (por ejemplo, que los trabajadores votan a partidos populistas de derecha con una frecuencia superior a la media)? ¿O también una interpretación política, quizá incluso filosófica, de la situación? La filosofía analítica y las ciencias empíricas de orientación cuantitativa se han propuesto aceptar como conocimientos válidos solo juicios asegurados constelativamente; por el contrario, la filosofía continental y las ciencias culturales hermenéuticas están convencidas de la inevitabilidad de los análisis interpretativos complejos de situaciones holísticas. Me ocuparé de estas cuestiones relativas a la política y la teoría de la ciencia en los capítulos V y VI.

Sin embargo, como ya han dejado en claro las tres historias iniciales, el fenómeno observado no es solo un problema filosófico, político o epistemológico, sino una tendencia fundamental que tiene enorme trascendencia en nuestra vida cotidiana. Cuando, en lugar del juicio humano y la acción basada en la experiencia, entra en escena una ejecución agencial que los robots y la IA pueden realizar mejor, más rápido y con mayor precisión que los seres humanos, desaparecen los márgenes de discrecionalidad, se atrofia la *capaci-*

dad de juicio y se elimina la creatividad de la acción en las prácticas cotidianas. Como mostraré en el capítulo VII, con ello cambia también el modo de nuestro *ser-en-el-mundo*, porque se desplazan tanto nuestro foco de atención —aquello que percibimos en el mundo y en la vida— como nuestra estructura de la voluntad —aquello que queremos y perseguimos en el mundo y en la vida—. Un aspecto secundario pero preocupante de este desplazamiento es la erosión de la energía para actuar. Los seres humanos se sienten vivos, motivados, autoeficaces e incluso *felices* cuando pueden actuar — cuando pueden dar una segunda hamburguesa, o renunciar, en un caso particular, a imponer una multa en el tren—. En cambio, se sienten infelices, frustrados e impotentes cuando no tienen márgenes de acción ni de discrecionalidad. Detrás de los gritos de los populistas de derecha («*Take Back Control*», «*Make America Great Again*» o «¡Nosotros somos el pueblo!»), puede que se encuentre el anhelo inconsciente de recuperar nuestra capacidad de actuar.¹⁰

Ahora bien, sería demasiado simple descartar la tendencia fundamental aquí discutida como un mero desarrollo defectuoso de la cultura. Pues, al menos en contextos de acción en el espacio público, existen muy buenas razones para apoyarse en decisiones constelativas y no únicamente en la pura capacidad de juicio. Volveré sobre ello en el capítulo II. A pesar de esto, quiero mostrar que la pérdida de márgenes de maniobra y de la capacidad de actuar pueden producir una pérdida de energía individual y colectiva en la sociedad. Este proceso podría ser corresponsable de aquellos síntomas que interpretamos como signos de *burnout* individual y colectivo. Precisamente por ello, en el último capítulo quiero abo-

10. Un tratamiento ilustrativo al respecto se encuentra en Maximilian Priebe, «Disappointing Democracy? Individual Liberty, Popular Rule, and the Yearning for Sovereignty», en Karen Horn *et al.* (eds.), *Liberal Responses to Populism*, De Gruyter, Berlin/Boston, 2025, págs. 13-30.

gar por la rehabilitación de la capacidad de juicio humana y de la capacidad (creativa) de acción en todos los niveles de la existencia social. Antes, sin embargo, conviene definir con mayor precisión el campo problemático que investigaré y, con él, la relación entre situación y constelación.